

# Nuestro mundo: Posibilidades y riesgos

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. MARIANO YELA GRANIZO (\*)

Les voy a pedir, para empezar y si me lo permiten, que hagan un breve ejercicio de imaginación. Retrocedan unas pocas decenas de miles de años. El hombre habitaba ya la Tierra. Tallaba guijarros, pintaba en las rocas, al aire libre o en las cuevas de Altamira, corría detrás del mamut, o tal vez con más frecuencia delante. ¿Se lo imaginan ustedes? ¿Se imaginan quién era y cómo vivía? Era, desde luego, un hombre como nosotros. Pero, al mismo tiempo, qué estremecedoramente distinto. Tenía, más o menos, nuestras mismas aptitudes. Podía, por eso, hacer en principio lo mismo que nosotros hacemos. Sin embargo, no lo hacía. En realidad, no podía hacerlo. No podía, por ejemplo, ser electricista, estudiar matemáticas o manejar un ordenador. ¿Por qué? Obviamente porque su mundo no le ofrecía esas posibilidades. El hombre hace su vida y configura su propia personalidad con las potencialidades que le brinda su dotación genética y con las posibilidades que le depara el mundo en que vive. Posibilidades que el hombre encuentra y modifica, inventa, transforma o pierde, a lo largo de la historia.

En cada época, en cada sociedad y cultura, el hombre se forma y vive en un mundo que tiene algo de común, por ser un mundo humano, con otros pasados o distantes, y que, a la vez, tiene algo de nuevo y característico que implica distintas posibilidades, exigencias y riesgos.

¿Cuáles son las posibilidades que nos ofrece y las exigencias y riesgos que nos impone este mundo nuestro que llamamos mundo en desarrollo? ¿Cómo formar al hombre para que aproveche y mejore esas posibilidades, para que afronte sin excesivo agobio esas exigencias y para que sortee con buen ánimo

---

(\*) Sesión del día 19 de enero de 1988.

y alguna ilusión esos riesgos? Tales son las cuestiones que les propongo examinar. Intentaré contestarlas con la concisión a que me obligan los pocos minutos de que dispongo.

## LA SITUACION ACTUAL Y SUS POSIBILIDADES

Este mundo en que vivimos ofrece, por lo pronto, muchas posibilidades, tantas que su mera cuantía inaugura una situación humana hasta ahora inexistente: la *superabundancia de posibilidades*. ¿Cómo ser conscientes de ellas?, ¿cuáles escoger?, ¿cómo no perderse entre ellas y cómo aprovecharlas para descubrir, orientar, modelar y satisfacer la propia vocación y hacer, con los otros, una vida digna?

Esta desbordante riqueza de posibilidades se concreta en dos características de nuestro mundo que creo de capital importancia, al menos desde el punto de vista psicológico: *la superación de la situación de indigencia y el ritmo acelerado de cambio*.

El hombre de nuestro mundo tiene la posibilidad de superar, en cierto modo y por vez primera en la historia, la situación habitual de indigencia, que ha agobiado a la mayoría de los hombres a lo largo de los siglos y al tiempo, tiene una conciencia, cada vez más clara, de que esta superación no es universal, ni es todavía y, lo que es más grave, no parece que será nunca completa ni segura. Por otra parte, la apertura constante de nuevas posibilidades introduce en la vida un ritmo acelerado de cambio, difícilmente soportable.

En efecto, el hombre, salvo contadas minorías, ha permanecido en la historia acosado por necesidades inexcusables y perentorias, como las de alimentarse y protegerse de los elementos físicos adversos y de las enfermedades. A duras penas lograba satisfacerlas, si es que lo conseguía, desbordado por la tarea, a menudo agotadora, de sobrevivir. Grandes multitudes han vivido siempre en la estrechez y la miseria. En nuestro mundo, por vez primera —conviene repetirlo y subrayarlo— puede el hombre superar en parte considerable esta situación de carencia. Hoy existe la posibilidad real de disponer de alimentos y vivienda, de protección sanitaria y terapéutica, para todos. Es una formidable y esforzada conquista que, pese a sus riesgos y limitaciones, de que en seguida hablaré, no es lícito olvidar.

El fundamento más obvio, aunque no el único, de esta situación de relativa suficiencia e incluso de bienestar y abundancia lo constituye el invento y aplicación, cada vez más copiosa, de un nuevo método de conocimiento y dominio del mundo: la ciencia teórica y tecnológica y las técnicas prácticas que en ella se basan.

Ello ha hecho posible la extensión del bienestar material y la prolongación creciente de la esperanza de vida en condiciones que permiten, cada vez a más hombres, extender, hasta edades cada vez más avanzadas, una existencia emprendedora y activa. Por ejemplo, la vida media era en España, a comienzos de siglo, de unos treinta y cinco años. Hoy supera los setenta. Entonces

llegaba a cumplir un año la misma proporción de habitantes que hoy alcanza los sesenta y cinco.

Las nuevas posibilidades, que en buena parte han surgido del desarrollo técnico, tienen repercusiones aún más profundas en la vida del hombre. Señalaré las más salientes.

*El hombre se ha ido liberando de los componentes corporalmente más penosos, deformadores y degradantes del trabajo.* Puede sustituir su esfuerzo muscular y una considerable porción de su actividad mental estrictamente lógica o rutinaria por la máquina. Su trabajo se hace más propiamente humano, más distante del mero trato esforzado y urgente del animal con las cosas de su ambiente. El trabajo del hombre puede consistir, cada vez más, en la realización de tareas más típicas y exclusivamente humanas: lograr ampliar y coordinar información y conocimientos, crear e inventar, prever, planear, dirigir y controlar.

Todo lo cual significa, en un estrato más hondo de la vida humana, la apertura de un espacio creciente para el *ocio*. No se trata sólo de que exista mayor oportunidad para el descanso y la diversión, que efectiva y afortunadamente vienen a aliviar la carga de la vida, entre fatigas y trabajos. Se trata, sobre todo, de que el hombre tiene la posibilidad de dedicar menos tiempo al imperioso negocio —*nec otimum*— de sobrevivir, y de disponer, en cambio, de más holgura para el auténtico ocio, que es descansar de todo menos de sí mismo, en el disfrute gozoso, sereno o inquieto, de la creación personal y la contemplación e interpretación de la riqueza y esplendor, de la belleza y el poder, del enigma y el misterio de la realidad.

El mundo actual sigue compuesto por piedras, árboles y agua, pero está configurado, cada vez más, por *símbolos culturales*, ciudades y paisajes, investigación y arte, instrumentos originados por la ciencia, conocimientos, comunicaciones e información.

La superación de la situación multiseular de indigencia y del carácter servil del trabajo, la disposición de mayor tiempo libre para el ocio y la reflexión, la creciente abundancia de conocimientos e información disponibles, han conferido al hombre, no sólo a éste o aquél, no sólo a pequeñas minorías, sino en principio a todos o casi todos, la posibilidad de *participar crítica y responsablemente en los asuntos públicos* y de adquirir una *conciencia más aguda de los derechos humanos*, de los propios y de los otros hombres, de los otros pueblos y del otro sexo.

Por primera vez en la historia aparece la posibilidad de que se extienda por los hombres y los pueblos una *conciencia planetaria*. No sólo la idea de un todo ecuménico, que viene de muy antiguo; no sólo la posibilidad de pensar en la totalidad de la esfera terráquea y de poder recorrerla, que ya inauguraron Magallanes y Elcano; aparece hoy, además, la vivencia concreta de la unidad del mundo en que vivimos, inmediatamente percibida por miles de millones de hombres que han visto la Tierra fotografiada desde el espacio: un diminuto cuerpo entre miríadas de galaxias, pero que es nuestro pequeño planeta azul, el hogar común de todos. Las comunicaciones crecientes entre todos los lugares y grupos humanos, las interdependencias de todo tipo entre ellos, la

rapidez de difusión de las noticias desde todos los sitios a todos los lugares, avivan la conciencia planetaria. No existen ya problemas, conflictos o conquistas exclusivamente locales. Todos repercuten en toda la humanidad. Cada vez más, todos dependemos de todos y, cada vez más, lo sabemos y experimentamos. De ahí surge, todavía de forma incipiente, una nueva posibilidad: la conciencia creciente de que la *cooperación planetaria* no sólo es deseable, sino imperiosamente imprescindible. Dada la interdependencia real de todos los pueblos y los medios técnicos de que se dispone, o aprendemos a cooperar o la humanidad tendrá que enfrentarse con un nuevo dilema: o la esclavitud bajo el control de uno o varios centros de poder totalitarios, sostenidos por el equilibrio del terror, o la autoaniquilación de la especie.

La conciencia planetaria introduce un matiz importante en la situación de abundancia del mundo en desarrollo: la percatación, cada vez más informada e hiriente, de que la *abundancia no es compartida por todos*; ni por otros pueblos y lugares de la Tierra, ni, en el seno de las sociedades desarrolladas, por todos los grupos y clases sociales. Lo cual, por encima de múltiples conflictos, abre la nueva posibilidad de que la humanidad comparta una *conciencia social* más aguda y un *sentimiento de solidaridad* más extendido. Por otra parte, la experiencia del bienestar material va demostrando su *insuficiencia*. Es un logro capital e irrenunciable, que libera al hombre de incontables servidumbres y congojas, pero que, de suyo, no confiere sentido a la existencia. Facilita la supervivencia, pero no parece que contribuya mucho a proporcionar nuevas vías para enfrentarse con la cuestión decisiva: sobrevivir ¿para qué?

Finalmente, una característica notoria de nuestro mundo consiste en que la superabundancia de posibilidades *crece y cambia a ritmo acelerado*. Las investigaciones científicas y tecnológicas, por ejemplo, se duplican cada diez o veinte años. El hombre se encuentra cada mañana con un repertorio de circunstancias y posibilidades distinto al de ayer. La aventura de vivir se ensancha y enriquece, pero ¿es este ritmo de cambio soportable?

## LOS NUEVOS RIESGOS

Cada posibilidad que el hombre inventa significa una nueva conquista y entraña un nuevo riesgo. El uso del hierro hizo posible la fabricación de un arado más eficaz, pero también de una espada más mortífera. El mundo en desarrollo, sobreabundante en posibilidades nuevas, está asimismo saturado de nuevos riesgos.

Cabe temer, como entre otros señaló Ortega, que sea en nuestras conquistas, más que en nuestras insuficiencias, donde resida la amenaza mayor que pesa sobre nuestro mundo. ¿Hay mayores conquistas que el dominio de la energía nuclear o el uso del ADN recombinante en la ingeniería genética? ¿Existen, al mismo tiempo, mayores amenazas?

Las circunstancias de nuestro mundo, algunas de las cuales acabamos de examinar, abren por vez primera, como concluye Jaspers en *Origen y meta de*

la historia, la posibilidad de que el hombre y, en principio, todos los hombres se eleven a un nivel de libertad y dignidad antes sólo accesible a unos pocos. Implican, al mismo tiempo, y también por vez primera, el riesgo de que, dominado por el poder impersonal de la técnica, el hombre y, en principio, todos los hombres se conviertan en una masa despersonalizada y anónima, sujeta a fuerzas y planes abstractos y despojada de la alegría de vivir y de la innovación personal: todos hormigas laboriosas y uniformadas en un *Brave new world*, bajo la férula de algún *Big Brother*, o rinocerontes brutales recorriendo la Tierra en manadas, bajo la sonrisa irónica de Ionesco.

La situación de abundancia puede llevar a la proliferación del *hombre masa*, que la da por supuesto y estima que tiene derecho a gozarla sin colaborar en el ingente esfuerzo de los hombres que la sostienen. La sociedad del bienestar puede degenerar en la *sociedad de consumo*, aherrojada por la cadena sin sentido de producir más para consumir más, egoístamente insaciable y perpetuamente frustrada en su apetencia sin límites de *panis et circenses*. La abundancia de medios puede desembocar en la *exigencia exagerada de seguridad*, que lleva al tedio y al aburrimiento o a la insufrible zozobra cuando se comprueba que el futuro es siempre sorprendente e incierto. Esta pretensión de que el bienestar conseguido está definitivamente asegurado es comprensible, pero nefasta. Primero, porque es falaz; el bienestar hay que ganarlo cada día, con nuevos esfuerzos y nuevas invenciones; un súbito incremento del precio del petróleo o el desplome inesperado de la Bolsa de Nueva York puede ponerlo, de pronto e imprevistamente, en peligro. Segundo, y más radicalmente, porque despoja a la vida del espíritu de empresa que le es imprescindible para ser propiamente vida humana. Embota o impide el asombro, que es, como descubrieron los griegos, el principio de la sabiduría. Entorpece o agosta el deseo de contemplar, explorar, descubrir e innovar, sin el cual no se es simplemente hombre, y que Ramón Llull expresó con unas pocas y precisas palabras: «vé por el mundo y maravíllate».

La habituación inerte a la situación de abundancia conduce con facilidad al *ocultamiento* de realidades y carencias que no se quieren ver o con las que no se quiere contar para hacer la vida, pero que son al parecer inesquivables: el dolor, la enfermedad, el odio, la violencia y la muerte, constantes en el peregrinar del hombre por la historia. Como afirmaba Camús, si el hombre no encuentra un sentido a la muerte, su vida entera carece de sentido. Apartar los ojos de estas realidades, o relegarlas al espacio ajeno de la pantalla de la televisión, como es tan frecuente en nuestro mundo, supone introducir en la vida una dosis de inautenticidad, frivolidad, irresponsabilidad y anomía, que lleva a la desorientación y el desconcierto cuando esas realidades irrumpen, como es inevitable, en el curso de la existencia.

La conciencia planetaria y el reconocimiento de la urgente necesidad de cooperación y solidaridad, que figuran entre las posibilidades más positivas de nuestro mundo, se acompañan de una información cada vez más amplia y desazonante sobre las enormes *deficiencias* que en estos aspectos existen. Hay alimentos para todos y disponemos de medios para que a todos lleguen; cada

día, sin embargo, mueren de hambre cien mil personas. Hay ya medios suficientes, y pronto los habrá sobrados, para obtener energía, prácticamente sin límite; pero subsisten las crisis energéticas y se agrava la competencia feroz por el control de las fuentes. Sabemos cómo prevenir y curar muchas enfermedades, logramos incluso erradicar alguna, como la viruela, pero inmensos sectores de la humanidad son víctima de males previsible y evitables.

Las posibilidades reales que nos proporciona nuestro desarrollo técnico abren paso, por vez primera en la historia, a una cultura del ocio y, sin embargo, por todo el mundo cunde el *paro*.

La vida se prolonga cada vez más para más hombres en condiciones cada vez más sanas e incitantes. Hay cada vez más medios para que todos o muchos con defectos físicos y psíquicos, antes insuperables, o hasta edades muy avanzadas, antes desvalidas, puedan proseguir su trabajo, su vocación y su ocio. Y, sin embargo, se vive como una penosa amenaza el envejecimiento de la población y no sabemos aplicar los medios disponibles para resolver los conflictos que provoca el aprovechamiento del trabajo de una porción decreciente de la población llamada «activa» en favor de una porción creciente de la denominada población «pasiva». El dominio del hombre sobre la naturaleza ha crecido vertiginosamente, pero, al mismo tiempo, estamos a punto de alterar y deteriorar el equilibrio ecológico de forma amenazante, tal vez irrecuperable y letal, para muchas especies, incluida la nuestra.

Tenemos conciencia, cada vez más clara, de las repercusiones planetarias de cualquier conflicto y, a pesar de ello, continúan las *guerras*. La violencia, permanente en la historia, se hace cada vez más grave debido a las técnicas de destrucción, cada vez más poderosas.

La posibilidad de participación se ve amenazada por la *concentración del control*, que la misma técnica permite y facilita, en unas pocas manos: control de la información, que degenera en propaganda; control de la formación, que se degrada en adoctrinamiento; control de la decisión, que se acumula en el Estado y los grupos de presión.

El hombre siente que se ha desplazado lo que los psicólogos llamamos el *lugar del control*. No sabemos dónde está. Los problemas son cada vez más complejos y más lejanos a la comprensión e influjo del hombre de la calle. Este propende a sentirse impotente y desvalido, a pesar de la abundancia de medios que nuestro mundo le ofrece. ¿Quién decide o dónde se decide, a la postre? ¿No dará todo igual para mí, haga yo lo que haga? ¿No será entonces más cómodo permanecer al margen, indiferente o agresivo?

La aceleración del cambio, la creciente movilidad geográfica y social, que posibilitan la aventura creadora, imponen con frecuencia la *ruptura de tradiciones* que, en continuidad renovadora, podrían sustentar una vida dotada de sentido y obligan a la difícil tarea de inventar y reconstruir cada uno de continuo sus propias raíces. El joven se prepara para un mundo que, cuando se incorpora a él, es ya distinto, con lo que crece la perplejidad, la desorientación y la angustia.

He ahí algunos de los riesgos más salientes de nuestro mundo en desarro-

llo. Son el precio inevitable que tenemos que pagar por nuestras conquistas. Consolidemos éstas y sepamos preparar al hombre para aceptar los riesgos y sortearlos, en la medida de lo posible. ¿Cómo?. Esa es la cuestión.

## LA FORMACION DEL HOMBRE EN UN MUNDO EN DESARROLLO

Formar al hombre para este mundo de incontables posibilidades y riesgos y aceleradamente cambiante exige, ante todo, formarlo para que *se forme a sí mismo*, para que sea capaz de inventar formas de vida que respondan a las exigencias de un mañana distinto y, en buena parte, imprevisible. Exige preparar al hombre para que pueda gozar del bienestar que su creciente dominio del mundo le procura, pero sin olvidar que este dominio, siempre incompleto y falible, depende de su esfuerzo responsable y sin asfixiar su espíritu de aventura, maravilla y asombro. Exige facilitar al hombre la consolidación y promoción de la ciencia y la técnica y educarlo para que las domine y posea y no sea poseído y dominado por ellas. Exige poner a disposición del hombre los abundantes medios con que la humanidad hoy cuenta, para que cada uno tenga la posibilidad de desarrollar una personalidad cada vez más plena y más plenamente autoposeída, es decir, más dueña de sí, más libre. Entiéndase bien, cada uno, es decir, todos, en libertad solidaria y compartida.

Esa es la formación que nuestro mundo exige. Como todas las grandes aspiraciones humanas es, a la vez, necesaria y utópica. La cuestión es cómo avanzar hacia el cumplimiento de la utopía.

Desde luego, empezando por el principio. Y el principio de la vida humana se sitúa en la primera infancia, cuando se inicia la formación de la personalidad, que va a condicionar, en grado considerable y a veces decisivo, el desarrollo ulterior. El hombre nace desvalido. Necesita la protección de los mayores para sobrevivir. Y, según esta protección, así empieza a configurarse su personalidad, de forma sana y enriquecedora o deficiente o anómala.

La protección principal que los mayores tienen que ofrecer al niño, desde su nacimiento, es la *afectiva*: la presencia, proximidad, contacto, calor, caricia y cariño de las personas que forman el núcleo familiar y que permiten que el nuevo ser adquiera y consolide *vínculos* unipersonales de apego con los mayores. El hombre, al nacer, pasa de un medio considerablemente seguro a un mundo de estímulos nuevos, variados y peligrosos. Necesita explorarlo, so pena de estancamiento, anormalidad o muerte. No puede hacerlo si no dispone de una base protectora y segura. El vínculo afectivo le proporciona esa base.

Si el vínculo se establece y confirma, el hombre, desde su primera infancia, puede atreverse a explorar, aprender y comunicarse con los demás, y, desde la inicial dependencia afectuosa y segura, iniciar la formación de una personalidad más autónoma y libremente responsable. Si el vínculo no se logra o se rompe, el hombre, desde su primera infancia, inhibe sus tendencias exploratorias y padece perturbaciones en su desarrollo. Las carencias afectivas, la au-

sencia o ruptura del vínculo, suele estar asociada a defectos y anomalías en el comportamiento adulto, a psicopatías y depresiones, a conductas agresivas y delictivas y a la incomunicación y el autismo.

La cuestión es, por supuesto, sumamente compleja. No puedo entrar aquí en pormenores. Hay que añadir, no obstante, que el establecimiento de vínculos afectivos, capital e imprescindible, no es suficiente. La formación de una inicial personalidad sana y abierta a ulterior enriquecimiento y autoposición, requiere que, mediante la actividad que el vínculo permite, se actualicen de forma favorable las *predisposiciones genéticas*. Estas dependen más directamente de la protección eugenética y eufenética que la sociedad y la familia deben proporcionar. Nuestro mundo requiere, de forma cada vez más exigente, una *paternidad responsable*. Esta, desde luego, no termina nunca, mientras se vive, pero debe iniciarse con la educación de los padres para que puedan transmitir, ética y responsablemente, una dotación genética libre, en lo posible, de anomalías y para que dispongan de la información y medios para evitar o paliar, como hoy es posible en muchos casos, los efectos dañinos de un genotipo defectuoso. En el clima interhumano al que abren los vínculos afectivos y con el cuidado genético que permiten los conocimientos actuales, es preciso actualizar favorablemente las potencialidades de cada individuo, mediante la protección sanitaria, biofísica y psicosomática, prenatal y perinatal de la madre gestante y del hijo. Es hoy obligado, porque es hoy en cuantía creciente posible, evitar en los dos, en la madre y en el hijo, enfermedades, radiaciones, consumo de drogas, malnutrición y tensiones emotivas que deterioran las predisposiciones genéticas. Es preciso ofrecer al niño, desde muy pronto y durante los primeros meses y años, una estimulación rica, variada y en orden y la oportunidad de ejercitar una actividad psicomotora abundante y autodirigida.

En resumen, una de las exigencias primeras para la formación del hombre en nuestro mundo es aprovechar las posibilidades que tal mundo ofrece para que todos los padres puedan ser conscientes de su responsabilidad genética y puedan y sepan brindar a los hijos amparo afectivo, protección sanitaria, alimentación adecuada y un ambiente físico y cultural estimulante. Con estos hilos se forma lo que Rof Carballo llama las urdimbres primarias, sobre las que va a tejerse la entera personalidad. La formación del hombre, sin duda, no termina ahí. Pero ahí empieza. Que comience bien o mal puede ser decisivo y, en todo caso, es importante. ¿Se aprovechan los medios hoy disponibles para que todos los padres puedan efectivamente dar a sus hijos, de forma abundante y habitual, pan, amor y un ambiente biofísico y cultural sano y estimulante? Nuestra sociedad, como es patente, está lejos de cumplir estas exigencias. En otras zonas del planeta, su incumplimiento es sobrecogedor. Atenderlas y hacer universal su cuidado es el primer requisito para la formación enriquecedora del hombre.

La formación del hombre, decía, no termina ahí. Prosigue durante toda la vida. El tema es inagotable. Consideraré tan sólo algunas de las cuestiones más relevantes.

Las instituciones preescolares y escolares deben completar, en colaboración



con las familias, la tarea educadora. Sobresalen en ésta tres exigencias: continuar la formación de la personalidad, desarrollar actitudes de cooperación y enseñar e instruir.

Primero, y ante todo, *continuar la formación de la personalidad*: que cada uno, en el quehacer cotidiano, pueda comprobar que valé e incrementar así una básica seguridad en sí mismo que le permita atreverse con fruición a explorar, proyectar y pensar. Que cada uno pueda comprobar que los otros valen y que es preciso y fecundo contar con ellos. Que cada cual vaya encontrando un espacio cada vez más amplio de autonomía responsable, para aprender a no imponerse prepotentemente a los demás ni a someterse pusilánime a ellos. Que, día a día, pueda cada uno, según sus capacidades, percibir el fruto de su trabajo y de sus acciones y comprobar que es reconocido y sancionado, para ir consolidando la vivencia de que vale la pena el esfuerzo de vivir y que es posible y gratificante enfrentarse con nuevos problemas y nuevas circunstancias.

Esa es la tarea principal de todas las instituciones educativas y escolares: Proseguir, en el estudio y el trabajo, en la convivencia, el ocio y el juego, la formación de una personalidad capaz de mayor plenitud humana y de autococonocerse y disponer más libremente de sí misma. Una personalidad coartada, insegura, débil o anómala tendrá cada vez más dificultades para aprovechar las múltiples y cambiantes posibilidades que ofrece nuestro mundo, para cumplir las exigencias que demanda y para superar los riesgos que nos impone.

La segunda exigencia de la educación en el mundo actual es iniciar temprano y facilitar después y siempre el desarrollo de una *actitud de cooperación*. Es una exigencia imperiosa y urgente. Tal vez, la humanidad no disponga de mucho tiempo para lograrla. Con los medios de destrucción al alcance del hombre, no hay otra opción: o cooperación o caos. El hombre que, con las posibilidades del mundo en desarrollo, va adquiriendo una conciencia cada vez más nítida de sus derechos, tiene que aprender, desde muy pronto, que esos derechos son de todos, que cada derecho mío supone un deber en los otros y cada derecho de los otros exige un deber mío.

Finalmente, educar es también, como siempre ha sido, instruir y enseñar. Pero hoy la enseñanza tiene que cumplir ciertas exigencias características de nuestro tiempo. Hoy está claro que no puede enseñarse todo, y, mucho menos, lo que el futuro va a reclamar y todavía no se conoce. Enseñar exige hoy, primero, *enseñar a querer aprender*. Es demasiado complejo nuestro mundo para que el hombre sea capaz de asimilar, pasivamente y con desgana, los conocimientos y destrezas que demanda. Sólo si uno va adquiriendo motivos personales para desear y querer aprender, podrá enfrentarse con la tarea. Ofrecer y estimular esos motivos es uno de los cometidos principales de la enseñanza. Enseñar exige hoy, en segundo lugar, *enseñar a aprender*. Es demasiado amplio y cambiante el repertorio de conocimientos y destrezas que hay que dominar para que todo pueda enseñarse en las aulas. Es preciso capacitar al alumno para que sepa aprender por su cuenta y para que continúe haciéndolo efectiva y eficazmente toda su vida. Enseñar es, en fin, *transmitir conocimientos*. Esta transmisión exige hoy ofrecer inteligible y comprensivamente el legado cultu-

ral de la humanidad, prever las líneas generales de su desarrollo futuro y fomentar en el alumno la capacidad de mantenerlo y renovarlo con espíritu inventivo de gratitud y de crítica.

La multiplicidad de tareas profesionales y su cambio acelerado, obligan a *diversificar* cada vez más los programas de enseñanza; a establecer entre ellos cauces para *pasar de unos a otros*; a enriquecerlos de continuo con las *nuevas técnicas*; a elevar progresivamente las exigencias *culturales, humanistas y éticas* de todos ellos, para conferir sentido a la conducta humana y para posibilitar el disfrute perfecto del ocio desde los oficios más humildes; a elaborar, en fin, planes para la *renovación* periódica de conocimientos y destrezas y para la *formación permanente*.

Todo ello supone una asignación creciente de recursos a la educación y la enseñanza, un sistema de instrucción cada vez más orientado hacia la preparación del hombre para tareas inventivas y de dirección y control de las nuevas técnicas de trabajo, información y comunicación, un mejor aprovechamiento de los medios disponibles para la incorporación de los minusválidos físicos y psíquicos a la vida profesional activa y una mejor distribución del fruto de los capaces para atender a los incapacitados y desvalidos.

Todo ello exige, asimismo y muy en primer lugar, preparar al hombre para su participación crítica y cooperativa en los asuntos públicos y para la defensa de un espacio intocable de vida privada. Lo cual, a su vez, sólo es posible si se impide la concentración totalitaria, en un solo foco de poder, del control de la educación, la instrucción, la información y la decisión en todos los sectores de la vida humana.

Es imprescindible y urgente formar al hombre, desde la infancia, para que sea capaz de establecer vínculos profundos con su hogar, su tierra y su historia, que sean, a la vez, vehículo y fundamento de una conciencia planetaria.

Es una exigencia perentoria de nuestro mundo, en el que todos los pueblos son interdependientes, promover un desarrollo ético que haga humanamente valioso el desarrollo tecnológico. Sólo el ahondamiento del sentido del deber y de la conciencia ética puede evitar el sinsentido de que el progreso técnico hurte al mundo su encanto y al hombre su ilusión. Sólo el *progreso ético* puede conferir valor personal al trabajo y hacer posible que, con el trabajo de todos, se vaya ganando el ocio para todos.

Y una última observación. El mundo en que vivimos y el que se avecina es demasiado complejo y cambia a ritmo exageradamente acelerado. Exige, para vivir con algún sosiego y cierta plenitud humana, que cada uno *simplifique* su vida. No porque la empobrezca, sino porque la *acendre*. No hay, creo, otra opción. Hay que aceptar el reto de nuestro tiempo, hay que asumir, con espíritu de aventura, y ampliar, con esfuerzo creador, las posibilidades que nuestro mundo ofrece y extenderlas, en lo que podamos, a todos los hombres. Pero, a la vez, para no verse desbordado por esas mismas posibilidades, que exacerbaban sin límites las apetencias y el furor consumista, tiene cada uno que acendrar su vida, atenerse predominantemente a un proyecto esencial y saber prescindir de lo supérfluo. El acendramiento y la sobriedad, el deleite de lo sencii-

llo, aconsejables en todos los tiempos, son hoy imprescindibles para no perderse entre las técnicas y las cosas, para buscar y reverenciar libremente el poder de la realidad que nos trasciende y sustenta, para encontrarnos a nosotros mismos y ayudar a los otros a encontrarse.

Estas son algunas de las posibilidades, amenazas y exigencias que el hombre disfruta y padece en nuestro mundo. Creo que figuran entre los principales. Pero, claro está, no son las únicas, son las que se aprecian con más relieve desde una perspectiva predominantemente psicológica. Hay que complementarlas, por supuesto, con las que se descubran desde otra perspectiva, como la política, la económica, la jurídica y las más directamente éticas, religiosas y sociales. A ustedes, colegas académicos, cada uno desde su parcela, les corresponde examinarlas y dilucidarlas.

